



Universidad de Valladolid

FACULTAD DE TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN

GRADO EN TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN

TRABAJO FIN DE GRADO

**UNA APROXIMACIÓN A LA HISTORIA CULTURAL
DE LA TRADUCCIÓN.
DEL MUNDO ANTIGUO A LA EDAD MEDIA: LA
ESCUELA DE TRADUCTORES DE TOLEDO**

Presentado por Inés Sanz Armañanzas

Tutelado por Lourdes Cerrillo Rubio

Soria, 2025

Índice

Resumen/abstract	1
Introducción.....	2
1. Una aproximación al contexto de la historia de la traducción	3
1.1. Mundo antiguo	3
1.2. Mundo medieval.....	4
1.2.1. Anicio Manlio Severino Boecio y Flavio Magno Aurelio Casiodoro: los monasterios	4
1.2.2. Edesa y Nísibe, Gundeshapur.....	5
1.2.3. Bagdad.....	7
1.2.4. Salerno.....	8
2. La Escuela de Traductores de Toledo	9
2.1. Contexto histórico y cultural	9
2.2. ¿Escuela?	11
2.3. Etapas	13
2.3.1. Primera generación.....	13
2.3.2. Etapa intermedia.....	17
2.3.3. Época alfonsina	21
2.3.4. Final de la Escuela de Traductores de Toledo.....	24
Conclusiones	25
Bibliografía	27

Resumen

La Escuela de Traductores de Toledo engloba a un grupo de estudiosos que trabajaron en esta ciudad a lo largo de los siglos XII y XIII y participaron en el trasvase de conocimientos que había acumulado la civilización árabe hacia la cultura y la sociedad castellanas y europeas. Estos traductores medievales fueron clave a la hora de preservar los saberes de culturas anteriores a la suya: desde los griegos hasta los árabes, pasando por siríacos y persas.

La importancia de la labor que realizaron no se puede menospreciar, ya que sus esfuerzos permitieron que Europa recibiera (y, en ocasiones, recuperara) unos conocimientos a los que, de otra manera, no habría tenido acceso. Por consiguiente, el presente trabajo se centrará en estudiar a los traductores que trabajaron en Toledo, las obras que tradujeron, los métodos que utilizaron, los idiomas que hablaron y, en suma, toda la información que nos permita apreciar el esfuerzo y el valor de su actividad traductológica.

Palabras clave: centros de traducción, Escuela de Traductores de Toledo, conocimiento, idiomas, traductores.

Abstract

The School of Translators of Toledo encompasses a group of scholars who worked in this city throughout the 12th and 13th centuries and participated in the transfer of knowledge that the Arab civilization had accumulated to Castilian and European culture and society. These medieval translators played a key role in the preservation of the knowledge of cultures prior to their own: from the Greeks to the Arabs, as well as the Romans and Persians.

The importance of their work cannot be understated, as their efforts permitted Europe to receive (and sometimes recover) knowledge to which it would not otherwise have had access. Therefore, this dissertation will focus on studying the translators that worked in Toledo, the texts they translated, the methods they used, the languages they spoke and, in short, all the information that will allow us to appreciate the effort and value of their translating activity.

Keywords: translation centres, School of Translators of Toledo, knowledge, languages, translators.

Introducción

Los objetivos de este Trabajo de Fin de Grado son destacar la importancia histórica que tuvo la Escuela de Traductores de Toledo en la transmisión de conocimientos de épocas anteriores, recalcar sus aspectos más singulares en comparación con otros centros de traducción previos y explicar el motivo de tales particularidades.

Mis intereses personales por la historia y la traducción me llevaron a elegir un tema relacionado con ambas, pero fueron las sugerencias de mi tutora las que me instaron a centrarme en este momento tan fascinante de intercambio cultural, desarrollo lingüístico y transmisión científica en la historia de España. Es, además, una temática que conecta con los contenidos vistos en la asignatura Historia, Cultura y Geopolítica del mundo actual.

La metodología ha sido la siguiente: en primer lugar, se realizó una búsqueda inicial de información y fuentes con que documentarse. Después, se estableció un esquema con los diferentes contenidos a tratar y su organización dentro del TFG. Hecho esto, se procedió a redactar los contenidos en orden cronológico, consultando en todo momento los libros y artículos necesarios para asegurar la veracidad de la información; para lo cual se buscaron fuentes más específicas de las encontradas en un primer momento.

El TFG está compuesto, en primer lugar, por un contexto histórico donde se analizan los centros de traducción existentes antes de la creación de la Escuela de Traductores de Toledo, como la Academia de Gundeshapur o la Casa de la Sabiduría de Bagdad, y se recogen sus características: el tipo de textos, los motivos y los métodos. Este contexto también ha permitido ilustrar el camino, por Europa, Persia y el Levante, que recorrieron los conocimientos de la Grecia clásica antes de llegar al Toledo medieval, junto con las progresivas aportaciones de los pueblos que entraron en contacto con ellos a lo largo de los siglos. Después, se ha incluido un resumen acerca de los rasgos históricos y culturales que permitieron el nacimiento de la Escuela de Traductores en la ciudad de Toledo: sus conquistas a manos de diferentes pueblos y su contacto con diversas civilizaciones, además del patronazgo de diversos personajes históricos como Alfonso X el Sabio. Finalmente, se ha realizado una investigación de la Escuela de Traductores de Toledo: su debatida existencia; las tres fases en que se divide la actividad de traducción en esta ciudad, junto con sus características generales; los traductores más destacados de cada periodo y sus obras, como Gerardo de Cremona y su traducción del *Almagesto* o, más adelante, Marcos de Toledo y su versión latina del *Corán*; y el final de las actividades de traducción en la ciudad, a finales del siglo XIII.

Este trabajo me ha permitido apreciar la labor de los historiadores (especialmente, aquellos cuyas obras he utilizado como referencia, como Charles Burnett o Pedro Mantas España), además de la dificultad de su campo de estudio y lo inusitado que resulta encontrar certezas. También me ha proporcionado un mayor respeto por la actividad de traducción y la importancia de su papel en la historia

de la humanidad como método de preservación de conocimientos. Por último, me ha concedido la posibilidad de poner a prueba y mejorar mis habilidades de documentación, investigación y redacción.

1. Una aproximación al contexto de la historia de la traducción

Existen pruebas de la existencia de traductores e intérpretes ya en el Antiguo Egipto y en la civilización mesopotámica pero, a lo largo de la historia, no fueron muchos los centros donde se practicara la traducción de manera sistemática y metódica, como ocurrió en Toledo entre los siglos XII y XIII. En este apartado, pretendemos reseñar aquellos antecedentes que influyeron de un modo u otro en la formación de la Escuela de Traductores de Toledo y que, además, permitieron mediante esta actividad el traslado de conocimientos desde la Grecia clásica hasta la Castilla medieval.

1.1. Mundo antiguo

Son los conocimientos de filosofía, astronomía, matemáticas, medicina y otras materias que se recogieron por escrito en Grecia a partir de la época clásica (500-323 a.C.) los que despertaron un primer interés en la traducción en los siglos posteriores. Con una cultura dominante, los griegos no tenían necesidad de realizar traducciones de otras lenguas a la suya hasta bien entrada la época helenística. Su interés en otras culturas era reducido y, cuando mostraban curiosidad por religiones orientales (como el zoroastrismo), los textos concernientes llegaban a sus manos gracias a extranjeros que ya conocían el griego y escribían directamente en esta lengua sus conocimientos al respecto (Fernández, 2007).

Tras las conquistas de Alejandro Magno (356-323 a.C.) dio comienzo la época helenística, durante la cual hubo una gran apertura a las culturas extranjeras. Esto quedó ampliamente demostrado con la Biblioteca de Alejandría. En esta conocida biblioteca, que fue fundada en el siglo III a.C. y llegó a ser la más grande de la época, se reunieron textos de todas partes del mundo conocido y se tradujeron al griego. Ptolomeo I mandó mensajes a numerosos dirigentes para pedirles que les enviaran todos los textos que tuvieran, mientras que todos los barcos que pasaran por el puerto de la ciudad tenían que entregar sus libros, que eran copiados en la biblioteca. Los originales permanecían en esta y las copias eran devueltas a sus dueños. La tradición narra que Ptolomeo II mandó traducir el Antiguo Testamento al griego (en parte porque la población judía de Egipto ya no hablaba hebreo), para lo cual hizo venir a 72 sabios judíos que trabajaron durante 72 días en su traducción, que sería la primera versión en griego jamás producida (Fernández, 2000). Sin embargo, contamos con poca información acerca de los traductores que trabajaron en la biblioteca, de los métodos que utilizaron o de la calidad final de sus obras.

En Roma, por otro lado, había poco interés en otras culturas, excepto por la griega. Creían que ellos eran superiores intelectualmente a los romanos, por lo que las únicas traducciones que se dieron en esa época eran del griego al latín. Sin embargo, como explica Chico (2002), veían la traducción como

un ejercicio de desarrollo de la escritura y la palabra: lo utilizaban como preparación a la retórica, dado que los griegos habían tratado ya muchos temas, eran elocuentes y contaban con expresiones útiles que podían utilizar en sus propios textos. La traducción de discursos griegos era parte de las técnicas diversas que podían utilizar en la retórica, al igual que la paráfrasis; o parte de la enseñanza de gramática en la escuela. Quintiliano, Cicerón y Horacio defendieron la utilidad de esta actividad para conseguir una mayor elocuencia; las traducciones debían ser según el sentido, no palabra por palabra. Este método, explicó Cicerón, era solo útil al tratar textos legales.

En cuanto a la traducción de textos literarios, destaca que casi toda la producción romana (excepto el género de la sátira, puramente romana) consistió en una adaptación de obras griegas, sin llegar a realizar traducciones completas (Pomer et al., 2023). Estas eran innecesarias, ya que todas las personas cultas del imperio hablaban griego. No hubo un movimiento de traducción importante y esta actividad estaba relegada al aula y los discursos.

Con todo, la escasez de traducciones al latín implicó que los conocimientos de la Grecia clásica quedaron en su lengua original hasta principios de la Edad Media, cuando por primera vez se vio el atractivo de registrar estos textos en una lengua más hablada.

1.2. Mundo medieval

1.2.1. Anicio Manlio Severino Boecio y Flavio Magno Aurelio Casiodoro: los monasterios

Una serie de acontecimientos entre los siglos IV y VI, entre los cuales podemos destacar la lenta decadencia y final derrumbe del Imperio romano de Occidente, la lucha de la Iglesia contra el paganismo y todos los conocimientos relacionados con él y un aislamiento de Bizancio por parte de los reinos occidentales, llevaron a un periodo de escasez en cuanto al progreso científico se refiere y de pérdida del saber de la Grecia clásica.

A comienzos del siglo VI, destacó la figura de Anicio Manlio Severino Boecio, que llevó a cabo traducciones al latín de los conocimientos de la cultura griega que se habían reunido y atesorado en su Italia natal durante siglos. Empezó con el *quadrivium*, las «ciencias de los números», y sus traducciones fueron los únicos textos que se estudiaron en la Edad Media al respecto. Se distinguió, sin embargo, por los textos filosóficos (Doñas, s.f.), principalmente los de Aristóteles y Platón: aún hoy se utilizan en este campo algunos de los términos que acuñó Boecio en sus traducciones¹.

Además de la simple traducción de los textos, se esforzó por asegurarse de que estos pervivieran: escribió tratados de teología donde intentaba aunar las creencias del cristianismo con los conocimientos de la época helénica, con el fin de que estos no fueran eliminados por paganos (Vidal, 2008: 23). Es

¹ Entre otros, destacan *actus* (de ἐνέργεια), *potentia* (de δύναμις), *speculatio* (de θεωρία), *principium* (de ἀρχή) o *universale* (de καθόλου) (Grabmann, 1980: 191).

importante remarcar que, en el año 529, apenas unos años después del fallecimiento de Boecio, el rey Justiniano del Imperio Romano de Oriente proscribió la Academia de Atenas siguiendo este mismo razonamiento; mientras que en el 538 el papa Gregorio I haría quemar todas las obras clásicas que quedaban en la ciudad de Roma. Para entonces, sin embargo, Boecio ya había fallecido: la situación político-religiosa de su Italia natal llevó a Boecio a la muerte tras ser acusado de traición contra el rey godo Teodorico. Murió ajusticiado en el año 525.

Las obras de Boecio se habrían perdido al igual que muchas otras de no haber sido por Flavio Magno Aurelio Casiodoro, compañero de Boecio durante la mayor parte de su vida. Con un interés y una inquietud similares por los conocimientos del mundo clásico, intentó en un primer momento fundar una academia en Roma. Las continuas guerras en el país y el veredicto del papa, sin embargo, le condujeron a buscar una residencia distinta, donde poder custodiar los textos griegos y sus traducciones: hacia el año 544, se trasladó con toda su biblioteca (incluidos los textos con los que había trabajado Boecio) a un monasterio en Vivarium, en el sur de Italia. Allí instauró un sistema de trabajo: a cambio de protección, comida y los materiales necesarios, los monjes se dedicaban a la copia de textos (Domingo, 2013). Las obras que se recogieron en Vivarium se perdieron o dispersaron a partir del 630, pero el monasterio sirvió de ejemplo para muchos otros. Casiodoro consiguió que la Iglesia aceptara los conocimientos del mundo griego y romano, tal y como lo había intentado Boecio.

Pronto, la labor de recopilación y reproducción de obras clásicas se generalizó en los monasterios de toda Europa, lo que permitió su supervivencia durante la Edad Media. No obstante, muchas obras nunca llegaron a conservarse en las bibliotecas de un centro religioso y fuera de estos lugares, los textos eran escasos. Buena parte de estas obras volvieron a Europa tras recorrer una ruta más larga, hacia el este y a través de diferentes idiomas. Su pervivencia la debemos a dos grupos religiosos diferentes: los cristianos nestorianos y los musulmanes.

1.2.2. Edesa y Nísibe, Gundeshapur

Fundadas por los seguidores de Alejandro Magno en el siglo III a.C. en la actual Turquía, un territorio muy disputado por diferentes reinos durante los siglos siguientes, para el siglo IV d.C. tanto Edesa como Nísibe (también conocida como Nísibis) eran parte del Imperio romano. En el año 350, Jacobo de Nísibe fundó en esta ciudad un centro de estudios de teología, filosofía y medicina, pero poco después pasó a formar parte del Imperio sasánida y la escuela se trasladó a Edesa. Esta era todavía romana y en ella se encontraba una escuela anterior, fundada en el siglo II por la dinastía árabe reinante del momento, los Abgar. Allí, en un lugar de confluencia entre las culturas siriaca y griega (Drijvers, 1995), los alumnos continuaron con sus estudios, hasta que las disputas religiosas los obligaron a trasladarse de nuevo.

A comienzos del siglo V, se extendió por la región una nueva corriente del cristianismo: el difisismo, también llamado nestorianismo en honor de Nestorio, uno de los teólogos que impulsaron la corriente. En el año 431, tras una disputa acerca del título correcto con el que designar a María, el concilio de Éfeso decretó que el nestorianismo, que defendía una interpretación difisista² de Jesús, era una herejía (Cellurale, 2023). Para el año 486, el emperador de Bizancio mandó clausurar la Escuela de Edesa debido a sus enseñanzas religiosas y las traducciones que en esta se realizaban de los padres del nestorianismo, Nestorio, Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuestia (Hunter, 2002). Además de estos textos, también se trabajaba con obras de índole filosófica, histórica, geográfica y astronómica, que traducían del griego al siríaco. Tras el cierre, muchos de los estudiantes y maestros decidieron volver de nuevo a Nísibe, todavía persa; o a Gundeshapur, una de las ciudades más importantes del Imperio sasánida, cerca del Golfo pérsico en la actual Irán. Durante este traslado, se llevaron los textos griegos a los que habían tenido acceso gracias a su pertenencia al Imperio romano, además de las versiones siríacas que habían realizado hasta el momento. Tras el cierre de la Academia de Atenas en el año 529, otros tantos filósofos bizantinos decidieron huir al este, donde ampliaron la cantidad de manuscritos clásicos existentes. Nísibe, heredera de la tradición educativa de Edesa, se convirtió en un gran centro de enseñanza, donde se estudiaban textos de matemáticas, astronomía y, especialmente, medicina.

Sin embargo, Nísibe pronto se vio eclipsada por la Academia de Gundeshapur. Esta ciudad había sido fundada por el rey Sapor I en algún momento de su reinado (240-270). Había tenido un primer contacto con el saber griego gracias a la esposa romana de este monarca, que se había traído consigo a dos médicos que compartieron sus conocimientos con los practicantes locales (Moller, 2019: 108). Para el siglo VI, era la cuarta ciudad más grande del imperio. Cosroes I (531-579) aprovechó el cierre de la Academia de Atenas y atrajo a los refugiados de Bizancio a la ciudad. Les pidió traducir los textos escritos en griego y siríaco al pahlavi³, al igual que hizo con eruditos invitados procedentes de la India y de China. Gundeshapur se convirtió en el centro intelectual del Imperio sasánida; y en su Academia de medicina, donde se impartían enseñanzas de orígenes variados, se acumularon los conocimientos griegos de medicina, astronomía, astrología, matemáticas y filosofía en sus versiones griega, siríaca y pahlavi. A pesar de ello, es importante destacar que muchas de las traducciones que se realizaron eran de poca calidad, ya fuera por el escaso conocimiento de las lenguas de trabajo o por el uso de copias incompletas o erróneas. La Academia de Gundeshapur sirvió de inspiración para la posterior Casa de la Sabiduría de Bagdad (Barona, 2020).

² En el cristianismo, es la creencia de que Cristo tiene dos naturalezas distintas, la humana y la divina, completamente independientes entre sí. La Iglesia Católica y la Ortodoxa, entre otras, defienden que las dos naturalezas existen «sin separación» y «sin confusión».

³ También conocido como persa medio, fue la lengua oficial del Imperio sasánida y la lengua litúrgica del zoroastrismo. Es la raíz de varias lenguas modernas, incluido el farsi o persa moderna, pero hoy en día es una lengua muerta.

1.2.3. Bagdad

A comienzos del siglo VII, el Imperio sasánida se encontraba en decadencia. Para el año 633, los recientemente unificados pueblos árabes habían comenzado la conquista del reino y en el 638 alcanzaron la ciudad de Gundeshapur. La Escuela permaneció activa durante casi dos siglos bajo el control islámico, hasta el 832, pero ya no contaba con el mismo prestigio que hasta entonces. En cambio, el nuevo centro intelectual se había trasladado a Bagdad.

La Casa de la Sabiduría de Bagdad (*Bayt al-Hikma* en árabe) se fundó a principios del siglo IX⁴ a imitación de la Escuela de Gundeshapur, que había impresionado a los árabes. Su ubicación en la recién establecida capital del califato atrajo rápidamente a eruditos de todas partes de los territorios conquistados, entre ellos, antiguos estudiantes y profesores de Gundeshapur, que llevaron consigo las obras que habían utilizado hasta el momento. Por lo tanto, pronto se acumularon libros de todos los rincones del mundo, y entre aquellos escritos en chino, sánscrito, copto y hebreo, también se encontraban traducciones al siríaco y al pahlavi de las obras griegas. Además, gracias a las relaciones diplomáticas entre el califato y Bizancio, también llegaron a la ciudad algunas de las obras griegas que habían resistido al paso de los siglos en el continente (Moller, 2019: 103). Todos estos textos se mandaron traducir al árabe, de manera que el progreso científico de las civilizaciones anteriores fuera accesible en todo el territorio. La Casa de la Sabiduría se convirtió no solo en un centro de estudio, sino en un centro de traducción, que los califas (especialmente al-Mamún) patrocinaban (Kamal y Nasr, 2020).

No obstante, pronto los árabes descubrieron que muchos de los textos griegos con los que trabajaban en la Casa de la Sabiduría se habían traducido incorrectamente o se había perdido información relevante durante los años y las sucesivas traducciones y copias. Hunayn ibn Ishaq, latinizado como Johannitius (809-873), uno de los traductores más prolijos y reconocidos de la Casa de la Sabiduría, además de médico de califas y escritor por derecho propio, estableció un nuevo método de traducción con el fin de conseguir textos de mejor calidad. Él era hablante nativo de árabe y siríaco y estudió en la Academia de Gundeshapur, pero le echaron antes de que pudiera completar su formación. Viajó más tarde por el Imperio bizantino, donde aprendió el griego clásico, continuó sus estudios de medicina y recopiló nuevos manuscritos que llevó consigo a Bagdad (Ramón, 1998).

Su nuevo método, que los traductores posteriores imitaron, requería no solo un gran conocimiento de las lenguas origen y meta, sino también una educación en el campo a tratar y una obra original lo más completa posible. Debido precisamente a este último requisito, los traductores buscaban reunir tantas versiones griegas de un libro como fuera posible, para luego establecer una única obra con toda la información que habían encontrado, que finalmente se comparaba con las traducciones al siríaco anteriores (Moller, 2019: 114). Todo esto ayudaba a evitar transmitir las posibles incorrecciones o dobles

⁴ Se desconoce la fecha exacta, aunque la mayor parte de los expertos concuerdan en que debió de construirse durante el mandato del califa al-Mamún, entre el 813 y el 833 d.C.

sentidos existentes en las diferentes versiones. Ibn Ishaq, además, abogaba por la traducción libre, donde el significado del texto prevaleciera por encima del uso de palabras análogas; muchos de los traductores posteriores adoptaron este mismo método (Vargas, 2004).

En un primer momento, las traducciones del griego al árabe se llevaron a cabo por medio de una lengua intermediaria: el siríaco, que ya contaba con un vocabulario desarrollado y capaz de reflejar los tecnicismos y la jerga de los temas tratados. A lo largo de los siglos y en buena parte gracias a Ibn Ishaq, el árabe creó una terminología con la que se pudieran tratar en profundidad todos los campos, a partir de préstamos del griego y el siríaco o dotando de un nuevo significado palabras ya existentes en la lengua (García, 2004). Esto permitió que las traducciones pasaran a ser directas, sin mediación del siríaco.

Fueron estas obras de gran calidad, escritas en un árabe plenamente desarrollado, las que, gracias a la extensión de los califatos abasí y omeya y el uso del árabe como lengua común, alcanzaron la otra punta del Mediterráneo y fueron, más adelante, traducidas de nuevo a lenguas europeas.

1.2.4. Salerno

Toledo no fue la única ciudad europea donde se realizaron traducciones del árabe, ni la primera. Un siglo antes, destacaron las obras que salían de la Escuela de Medicina de Salerno, en el sur de Italia. Esta se encontraba cerca de Montecasino, donde se habían acumulado, con el paso de los siglos, textos médicos en árabe y griego (García, 2004). Esto se debía, por un lado, a la proximidad a Bizancio, que había asegurado la entrada de textos directamente desde su fuente a una zona de la región que seguía estando helenizada. Por otro lado, su posición geográfica aseguraba el contacto con el mundo árabe, dado que los comerciantes debían parar en sus puertos antes de continuar sus recorridos y llevaban a la ciudad sus conocimientos.

La Escuela Médica de Salerno fue fundada en el siglo IX y, aunque en los primeros siglos de su existencia (IX y X) el saber se transmitió de manera oral, para el siglo XI ya se estudiaban textos de diferentes orígenes en ella. El traductor de mayor importancia en la Escuela Médica Salernitana fue Constantino el Africano. Este médico de origen cartaginés y araboparlante había viajado por la cuenca del Mediterráneo como comerciante y, durante sus viajes, había acumulado textos de médicos escritos en árabe. A su llegada al sur de Italia, se convirtió en maestro en la escuela, pero sus mayores aportaciones vinieron más adelante: tras unos años (la fecha exacta se desconoce), se retiró y se convirtió en monje en la abadía de Montecasino, donde sus compañeros, traductores también, le animaron a traducir los textos que había recopilado a lo largo de su vida (Guerrero y de Frutos, 2013). Llegó a traducir 37 obras de medicina, algunas de origen griego, otras árabes (Moller, 2019: 208).

La mezcla de conocimientos que se produjo en esta escuela permitió a los estudiantes (tanto hombres como mujeres) recibir una educación muy completa y le dio una gran fama a Salerno en toda

Europa. Esta fue la mejor escuela de medicina hasta el siglo XIV y la creación de las universidades de Nápoles, Montpellier, Padua y Bolonia. Sin embargo, la Escuela de Salerno era preeminentemente de medicina y, aunque la traducción de los textos había sido uno de los más importantes motivos de su éxito, esta actividad no era su finalidad principal. Esto es, la traducción de textos no era el objetivo del centro: era formar a nuevos médicos, para lo cual la obtención de libros de esta temática en un idioma que pudieran entender era un paso intermedio necesario. Compartía esta percepción de la traducción como parte de un proceso con los antiguos centros de medicina de Edesa, Nísibe y Gundeshapur; algo que las distinguió de la Casa de la Sabiduría de Bagdad y, más tarde, de la Escuela de Traductores de Toledo, donde la traducción era el fin en sí mismo.

2. La Escuela de Traductores de Toledo

2.1. Contexto histórico y cultural

La historia de Toledo es una larga sucesión de conquistas de diferentes pueblos: romanos, tribus germánicas, árabes y cristianos. Cada uno de ellos contribuyó a convertir la ciudad en el lugar idóneo para acoger un movimiento traductológico como el que vivió.

Los orígenes de la ciudad son inciertos: para cuando los romanos llegaron a la península, ya se habían asentado allí los carpetanos. No contamos con ninguna fuente que trate esta primera etapa de su historia y no es hasta Tito Livio, historiador romano que vivió en los siglos I a.C. y I d.C., que apareció nombrada como *Toletum* por primera vez en los anales de la historia: en concreto, en el tomo número XXXV de *Ab urbe condita libri*. En este libro, Tito Livio explicaba que el general Marco Fulvio Nobilior luchó cerca de allí contra una coalición de pueblos celtas (entre ellos, los carpetanos) en el año 193 a.C. y que, al ser conquistada un año después, pasó a formar parte de la República romana (Carrasco, 2003). Su posición en pleno centro de la península supuso que varias vías de comercio pasaran por ella y aseguraran su relevancia: su importancia puede apreciarse, por ejemplo, en el tamaño del circo romano de la ciudad, el más grande de toda la península.

A comienzos del siglo V, entraron en la Hispania romana los pueblos bárbaros de suevos, vándalos y alanos, que se asentaron y se repartieron la península; Toledo acabó en manos de los alanos. El Imperio romano de Occidente, en sus últimos momentos, recurrió a otra tribu germánica, los visigodos, para que recuperara la provincia; estos se asentaron en la Galia, donde establecieron su propio reino con capital en Tolosa (Toulouse) y, a lo largo del siguiente medio siglo, derrotaron y expulsaron a vándalos y alanos y empujaron a los suevos al noroeste (García-Guijarro, 2002). Para el 476, el año de la caída oficial del Imperio romano de Occidente, los visigodos habían conquistado la mayor parte del territorio. Sin embargo, diez años después los francos comenzaron la invasión del Reino visigodo de Tolosa; este pueblo se vio obligado a retirarse hacia el sur, hacia los territorios peninsulares. En el 507,

la batalla de Vouillé puso fin al reino. En Hispania, en cambio, eligieron como capital Toledo y en ella fundaron el Reino visigodo de Toledo, que duraría dos siglos, hasta la conquista musulmana.

Cuando, en el año 711, llegaron las fuerzas musulmanas a la península con el objetivo de someterla e incorporarla al territorio califal, la monarquía visigoda se encontraba en un periodo complicado, de luchas internas. Tras la victoria en la batalla de Guadalete, avanzaron rápidamente por el sur y el centro de Hispania; llegaron a conquistar Toledo antes de acabar el año 713. Durante los tres siglos de permanencia, primero del emirato y luego del califato abasí, la capital se instaló en Córdoba; Toledo, ahora conocida como *Tulaytulah*, pasó a ser capital de la Marca Media (una de las seis grandes divisiones territoriales) y de la cora de Toledo (junto con la cora de al-Belat y la cora de Santaveria, una de las tres subdivisiones de la Marca Media).

Durante el periodo de esplendor de Al-Ándalus, no fue en Toledo, sino en Córdoba, donde se encontraba la élite de pensadores y científicos de la época (Moller, 2019: 154). No será hasta la descomposición del califato en los reinos de taifas cuando esta ciudad cobre de nuevo importancia. Volvió a convertirse en capital de un reino; esta vez, de la taifa de Toledo. Esta fue fundada en el año 1035 y duró apenas medio siglo: el rey Alfonso VI de Castilla la conquistó en 1085. Sin embargo, esos cincuenta años fueron cruciales para la creación de la Escuela de Traductores de Toledo: los reinos de taifas competían entre sí por conseguir un mayor prestigio, para lo cual patrocinaban a poetas, científicos y pensadores de todo tipo (Moller, 2019: 155-156). Por ello, los monarcas de la dinastía reinante, los Banu Dil-Nun, y en concreto el emir Al-Ma'mun (que gobernó entre los años 1043 y 1075), se esforzaron por atraer a eruditos árabes a su territorio. Para cuando los cristianos conquistaron la ciudad, esta contaba con una de las bibliotecas de mayor tamaño de la Europa del momento y, si bien muchos de los musulmanes que habían llegado a lo largo de las últimas décadas decidieron huir hacia el sur, otros muchos se quedaron y pasaron a ocupar un lugar primordial en la transmisión de conocimiento (Izquierdo, 1983).

No hay que olvidar, no obstante, el peso de la religión en la historia de Toledo. Fue durante la época romana cuando el cristianismo se extendió hasta Toledo. Esta nueva religión había sido perseguida hasta la promulgación en el año 313 del Edicto de Milán; y solo se había convertido en la religión oficial del imperio tras el Edicto de Tesalónica del año 380. Sin embargo, parece posible que Toledo ya fuera cristiana casi un siglo antes: existen restos arqueológicos con elementos cristianos de principios del siglo IV (Rivera, 1973: 36); y en el Concilio de Elvira, celebrado antes del 313 (sabemos que ocurrió cuando esta religión todavía era perseguida, pero no contamos con una fecha exacta), existe una mención a *Melantius episcopus toletanus*. Toledo siguió cristianizándose con gran éxito durante el siglo IV. Tras el establecimiento del Reino visigodo de Toledo, el rey Recaredo se convirtió al catolicismo durante el Tercer Concilio de Toledo en el año 589 y este pueblo se vio obligado a dejar atrás el arrianismo que practicaba anteriormente para asimilarse a la población local (Izquierdo, 2014). Para el siglo VII, Toledo se convirtió en la archidiócesis primada de España (tras arrebatárle este título a Cartagena, de la que

antes dependía eclesiásticamente). Toledo era, por lo tanto, una ciudad profundamente cristiana antes de la llegada de los musulmanes y su religión.

Al mismo tiempo, sin embargo, habían convivido en la ciudad habitantes judíos sefardíes, a ratos acogidos y perseguidos por los cristianos y musulmanes. Ya desde la época romana habían vivido en Toledo: hay documentos que indican su presencia a partir del siglo IV. Habitaron en una zona propia de la ciudad, la judería, al menos desde el siglo VI, aunque sufrieron una persecución religiosa después de la conversión de la nobleza visigoda: quedan registros de una larga serie de leyes contra los practicantes de esta religión, «defendiendo así la integridad y unidad del pueblo cristiano» (García, 1993). La llegada de los musulmanes, que durante los primeros siglos en la península fueron especialmente abiertos a otras religiones, fue muy positiva para los judíos; sin embargo, en el 1085, el rey Alfonso VI concedió igualdad ante la ley a los sefardíes por su ayuda en la conquista de la ciudad (Camino de Sefarad, 2021). A partir del 1147, hubo una oleada de inmigrantes sefardíes buscando refugio de la persecución almohade; su llegada a la ciudad sin duda propició la creación de la Escuela de Traductores.

Toledo, ciudad de las tres culturas, con sus habitantes judíos, cristianos y musulmanes y mozárabes (que, a pesar de ser cristianos, hablaban árabe, se habían acostumbrado al modo de vida de los musulmanes y habían preservado una corriente del cristianismo muy distinta de la practicada en los reinos del norte (Izquierdo, 1983)), pronto pasó a ser el lugar idóneo para realizar un trasvase del saber intercultural que atraería a intelectuales de toda Europa en su afán por acceder a los libros de la Antigüedad.

2.2. ¿Escuela?

Antes de comenzar el estudio de la importancia, las etapas y los traductores de la Escuela de Traductores de Toledo, tenemos que analizar si esta era, realmente, una escuela en el sentido estricto de la palabra.

En primer lugar, es preciso saber que debemos el nombre de «Escuela de Traductores de Toledo» a Amable Jourdain, escritor francés que en 1819 llamó « collège de traducteurs » al movimiento de traducción que se desarrolló durante los siglos XII y XIII en Toledo. Este término aparece mencionado tan solo una vez en su libro *Recherches critiques sur l'âge et l'origine des traductions latines d'Aristote, et sur des commentaires grecs ou arabes employés par les docteurs scholastiques*; Jourdain no pretendía tratar este tema en su obra. Como explica Gargatagli (1999), con este nombre Jourdain se refería a un grupo de personas, de profesionales, que trabajan en un mismo oficio, por lo que sería más acertado traducirlo como «colectivo» que como «escuela». En español, se nombra por primera vez este movimiento de traducción como «colegio de traductores toledano», cortesía de Ernest Renan (en 1852),

y «colegio de traductores toledanos», según Marcelino Menéndez Pelayo (en 1881), que habían leído la obra del francés y lo habían traducido en sus propios libros.

No es hasta 1874, con el clasicista alemán Valentin Rose, cuando el « collège » francés deriva finalmente a «Schule», ya con la connotación de un lugar físico donde se imparten conocimientos; en resumen, una institución educativa. Esta interpretación se ha repetido hasta llegar a nuestros días como «escuela», pero no contamos con ningún registro que nos indique que así era. Está claro que los eruditos que llegaban a Toledo debían de contar con un espacio donde dedicarse al estudio y la investigación de las obras que los habían llevado a la ciudad, pero esto no implica que fuera un lugar común donde trabajaran codo con codo y mucho menos una institución de enseñanza de las ciencias o de las lenguas. Conviene señalar que esta ciudad no tuvo una universidad propia hasta el siglo XVI.

Investigadores modernos, como Julio César Santoyo (2004), proponen que la interpretación de « collège » como «colectivo» sería también errónea, ya que sostienen que muchos de estos traductores no habrían coincidido en el tiempo. Según él, las traducciones en Toledo habrían sido obra de unos pocos traductores muy cercanos entre sí cronológicamente, pero no por ello como un grupo al que estudiar en conjunto. Santoyo niega la existencia de una Escuela de Traductores de Toledo, ya sea de la manera más literal o como una expresión para referirse a este movimiento traductológico.

Por otro lado, Menéndez Pidal (1956: 36-37) opinaba que:

«Si por escuela se entiende un conjunto orgánico de maestros, escolares y bedeles, no existió Escuela de Traductores, ni nadie pensó en que pudiera existir, pero sí hubo escuela toledana en el sentido de un conjunto de estudios que se continúan en un mismo lugar, en unas mismas bibliotecas, con unos mismos procedimientos, trabajando en un mismo campo, el de la ciencia árabe».

Este autor defiende por lo tanto que nunca hubiera una escuela, pero sí que esta palabra se utilice para referirse a la actividad que se desarrolló durante los siglos XII y XIII. Además, Márquez Villanueva (1995) señala que la cantidad de obras que se produjeron en Toledo es muy superior a las de otras ciudades, peninsulares o europeas; por lo que debían contar con un cierto apoyo, acceso a algún repositorio de libros o biblioteca y conocimiento de una técnica de traducción compartida entre todos ellos.

En este capítulo, partiremos desde la suposición de la existencia de una «escuela» en Toledo donde los traductores compartieron recursos y contaron con la protección de patrones tanto eclesiásticos como seculares; por ello, utilizaremos el nombre de Escuela de Traductores de Toledo en todo el documento.

2.3. Etapas

2.3.1. Primera generación

Los primeros traductores de Toledo llevaron a cabo su labor en el siglo XII, entre los años 1135 y 1187. Las obras con las que trabajaron son de una gran variedad temática: desde la astronomía y la astrología hasta la medicina.

Si algo tienen en común todas estas traducciones, sin embargo, es la lengua meta: el latín, un idioma que ya no se hablaba en la Castilla medieval fuera de la Iglesia. A pesar de ello, era la lengua en la que se escribía hasta el reinado de Fernando III el Santo (1217, rey de Castilla/1230, rey de León-1252), que instauró y normalizó el castellano como lengua oficial; y de su hijo, Alfonso X el Sabio (1252-1284), que consolidó y promovió su uso en todos los ámbitos en detrimento del latín (Martín, 2019). Por supuesto, para los judíos o los musulmanes que vivían en Toledo antes de la Reconquista, esta lengua resultaba completamente desconocida. Habían tenido que aprender la lengua vernácula para poder comunicarse con sus vecinos cristianos, pero el latín no tenía para ellos, que escribían sus obras en hebreo o árabe, ninguna utilidad. Este desconocimiento del latín supuso un problema cuando los nuevos lectores de estas obras venían del norte de la península o de Europa, donde este idioma seguía siendo la lengua franca. Por otro lado, los eruditos europeos, provinieran de la península o de otros reinos, tenían pocos o ningún conocimiento del árabe al llegar a Toledo (aunque algunos procuraron remediar este problema) y no podían acceder a las ideas que se atesoraban en diferentes archivos o bibliotecas de la ciudad. La resolución pasaría a ser una de las características más remarcables de la primera generación de traductores de Toledo.

Como explica Brasa (1997), un erudito con conocimientos de árabe (ya fuera hebreo, musulmán o mozárabe) leía la obra en la lengua original. Pasaba mentalmente el texto a castellano, lengua intermediaria, y lo dictaba en esta a su compañero. Este, con conocimientos de latín, traspasaba la versión oral en lengua romance al latín y finalmente se encargaba de redactar esta última versión. Algunas de estas parejas permanecerían juntas en más de una obra, otros irían cambiando según el texto con el que trabajaran. De ellos hablaremos a continuación.

Antes de empezar con los distintos traductores, sin embargo, hay que hablar de Raimundo de Sauvetat. Según algunos autores, el arzobispo Raimundo de Sauvetat habría sido el mecenas de la Escuela de Traductores de Toledo. Procedente, de Francia, llegó a Toledo en el año 1126. Poco después comenzó la labor de traducción que le dio fama a esta ciudad. Fue Amable Jourdain quien propuso que ambos hechos estaban relacionados: según él, el arzobispo habría sido mecenas y protector de los traductores de Toledo (Jacquart, 1992). Esta teoría se ha extendido hasta tal punto que la primera etapa de la Escuela se conoce también como «época raimundiana». Sin embargo, la única referencia con la que contamos es la siguiente dedicatoria, encontrada en la traducción de la obra de Qusṭā bin Lūqā,

conocida en latín como *De differentia spiritus et animae*: «De differentia animae et spiritus liber quem filius Lucae medici, nomine Costa-ben-Luca, cuidam amico suo, scriptori cujusdam regis, edidit, Johannes Hispalensis ex arabico in latinum Raimundo Toletano Archiepiscopo transtulit»⁵.

Efectivamente, Raimundo debió de pedir que se realizara la traducción, pero no hay ninguna mención a un patronazgo por su parte. Es posible, por lo tanto, que este no proporcionara ayuda económica o protección a los traductores, como afirmaba Jourdain.

Juan de Sevilla

Una de las figuras más controvertidas de la Escuela de Traductores de Toledo; a lo largo de la historia, se ha conectado la figura de este traductor con diversos nombres, hasta tal punto que cada historiador llega a una conclusión distinta acerca de su identidad.

La confusión comenzó debido a una dedicatoria más, en la traducción latina de uno de los libros del *Kitāb al-šifā'* de Avicena, al que se llamó *De anima*. Existen variantes que apuntan a respuestas distintas acerca de la identidad del traductor:

La primera versión indica: «Reverendissimo Toletane sedis archiepiscopo et Hispaniarum primati Iohannes Avendeuth israelita, philosophus, gratum debitae servitudinis obsequium»⁶; mientras que la segunda difiere ligeramente: «Iohanni Reverentissimo Toletanae sedis Archiepiscopo et Hispaniarum Primati, Avendeuth Israelita, Philosophus, gratum debitae servitutis obsequium»⁷.

Jourdain, que contaba con la primera versión de la dedicatoria, interpretó que esta estaba dirigida al arzobispo Raimundo, escrita por Juan Avendauth, a quien identificaba como Johannes Hispalensis, o Juan de Sevilla (Jourdain, 1819: 111). Sin embargo, un siglo después de la publicación de *Recherches critiques*, D'Alverny descubrió la segunda dedicatoria, que indica que la obra estaría dedicada al arzobispo Juan, sucesor de Raimundo, de parte del traductor Avendauth.

Según la Biblioteca Virtual Ignacio Larramendi de Polígrafos (s.f.), el parecido entre los nombres de Iohannes Hispanus y Iohannes Hispalense (es decir, Juan Hispano y Juan de Sevilla), además del uso de abreviaturas y los posibles errores de los copistas a lo largo de los siglos acrecentaron la confusión acerca de la identidad de cada uno de estos personajes. Por lo tanto, la primera teoría, originada por Jourdain pero repetida y defendida por otros autores a lo largo de los años, apunta a que

⁵ «Libro de la diferencia entre el espíritu y el alma, el cual el médico hijo de Luca, de nombre Quṣṭā bin Lūqā, editó para un cierto amigo suyo, escritor de algún rey, [y que] Juan de Sevilla tradujo del árabe al latín para el arzobispo de Toledo, Raimundo» (Rivera, 2018).

⁶ «Al Reverendísimo arzobispo de la sede de Toledo y Primado de las Españas, el israelita Juan Avendeuth, filósofo, [presenta] el grato homenaje de su obediente servicio» (Aráoz, 2015).

⁷ «A Juan, Reverendísimo Arzobispo de la sede de Toledo y Primado de las Españas, el israelita Avendeuth, filósofo, [presenta] el grato homenaje de su debido servicio» (Aráoz, 2015).

los tres nombres harían referencia a una misma persona. Este habría sido un judío sefardí que huyó de su Sevilla natal por las persecuciones antisemitas de los almohades.

Otros autores, como Burnett (2001), opinan que Juan Hispano y Juan Hispalense habrían sido dos personas distintas. El primero habría sido un filósofo judío converso al catolicismo, cuyo nombre habría pasado de ser Ibn Dawd a Avendauth al cambiar de religión. El segundo habría sido un mozárabe especializado en astronomía, dado que la mayoría de las traducciones firmadas por él tratan acerca de esta rama de las ciencias.

En esta teoría, hay que tener en cuenta un nombre más: el *magister* Juan, arzobispo de Toledo durante esta época, a quien iría dedicada la traducción de *De anima*. Las opiniones de los historiadores varían y no está claro si este habría sido un nombre más para Juan Hispalense o una persona completamente distinta.

Una última teoría, propuesta por D'Alverny en 1954, distingue entre Juan Hispalense, Juan Hispano y Avendauth (Burnett, 2001). El nombre real de este tercero habría sido Abraham ibn Daud Halevi, un conocido filósofo e historiador judío, nacido en Córdoba hacia el 1110, que huyó a Castilla, posiblemente Toledo, en el año 1148, para escapar de los pogromos de los almohades (Real Academia de la Historia Hispánica, s.f.). Se conservan dos obras suyas⁸ y se tiene constancia de al menos dos más que se han perdido. Aunque no existe una fuente fiable que lo acredite, se presupone que murió hacia el 1180 debido a su defensa del judaísmo y ataque al cristianismo. En contra de esta teoría, encontramos que el contenido de sus libros y de sus supuestas traducciones habría sido opuesto: en su obra *Al-‘aqīda al-rafi‘a*, Ibn Daud Halevi defiende el pensamiento aristotélico, mientras que Avendauth trabajó con una obra de Avicena, con elementos neoplatónicos. Además, varios historiadores encuentran poco probable que Ibn Daud hubiera trabajado con eclesiásticos cristianos o le hubiera dedicado la traducción a un arzobispo, como sabemos que hizo Avendauth, dadas sus opiniones acerca de la religión.

Tanto si eran personas distintas como si no, «Avendauth Israelita», como se refiere a sí mismo, habría trabajado con Domingo Gundisalvo en la ya mencionada obra de Avicena, el *Kitāb al-šifā’*.

En lo que respecta a Juan Hispano, sabemos que fue colaborador de Domingo Gundisalvo en al menos tres textos, que tradujo uno más de manera individual y que escribió además dos obras propias⁹. Parece también que habría participado en la compilación de un libro, el *Liber mahamaleth*, junto con otros intelectuales del círculo de Gundisalvo. Burnett (2001) sostiene, además, que Juan Hispano habría sido el arcediano de Cuéllar, de quien se tienen registros y se conoce que sucedió a Gundisalvo tras la muerte de este en 1193 y hasta su propio fallecimiento en 1215.

⁸ Estas son: *Sefer ha-qabbalah* y *Al-‘aqīda al-rafi‘a* (que se ha preservado en su versión traducida al hebreo y no en el judeo-árabe original).

⁹ Tradujo *Summa theoricæ philosophiæ*, el *Liber fontis vite* y el *Liber caeli et mundi* con Gundisalvo; y el *Liber de practica arismetice* por su cuenta. Además, las obras que escribió fueron *De differentiis tabularum* y *Liber de cursibus* (Rivera, 2018).

Finalmente, de parte de Juan Hispalense o de Sevilla encontramos al menos cinco textos, de tema científico y astronómico, y hasta catorce según algunos autores (Rivera, 2018), pero su relación con Toledo es muy poco clara. Aparece mencionado en ocasiones como «magister Iohannes Hispanlensis atque Lunensis episcopus» y como «magister Iohannes Hispalensis et Limiensis», por lo que se teoriza que el traductor habría sido un obispo sevillano, que trabajaría desde su diócesis, en la región portuguesa de Lima. Habría trabajado de manera independiente, sin formar una pareja con otro traductor conocedor de otra lengua, por lo que se ha planteado la idea de que fuera mozárabe y conociera el árabe desde joven.

Como hemos mencionado, cada autor defiende una teoría distinta en cuanto a la identidad de Juan de Sevilla y no es posible dar una respuesta definitiva y unánime con los registros y traducciones que han perdurado hasta nuestros días.

Domingo Gundisalvo

De manera similar al caso de Juan de Sevilla, la identidad de Domingo Gundisalvo ha sido discutida a lo largo de la historia. Sin embargo, en esta ocasión encontramos un mayor consenso: todos los investigadores modernos parecen estar de acuerdo en que Dominicus Gundisalvo, Gundisalvi, Gundissalinus, o incluso Gundipsalmi o Gimdrisalinus (Polloni, 2015); hacían referencia a una misma persona y no a varias, como se pensó durante un tiempo.

No se conoce la fecha de su nacimiento o de su muerte. Varios historiadores han propuesto diversas opciones para ambas, tomando como referencia el primer y último documento en los que aparece su nombre: en 1148 apareció nombrado como arcediano de Cuéllar, en Segovia. Para 1161 desapareció de los registros de esta ciudad y reapareció en Toledo el siguiente año, donde permaneció hasta el año 1181 (Ramos, 2021). Retornó a su antigua diócesis y fue nombrado allí en algunos documentos más, hasta que en 1198 se mencionó a un nuevo arcediano, por lo que algunos investigadores han señalado esta fecha como el año de su fallecimiento.

En lo que respecta a sus traducciones, durante su época en Toledo trabajó con obras de temática principalmente filosófica. Firmó 11 traducciones y 5 obras propias, aunque algunos investigadores le atribuyen más obras, en base al estilo y la terminología que se emplean, la temática o la aparición de la firma de uno de los traductores con los que a menudo formaba parejas para trabajar: Avendauth y Juan Hispano (Rivera, 2018). El prefacio de la traducción conjunta de *De anima* que escribió el primero de estos dos detalla el método de trabajo que siguieron y que ya hemos explicado anteriormente, con Avendauth como traductor del árabe al castellano y Gundisalvo como traductor del castellano al latín (Brasa, 1997). No obstante, para el final de su estancia en Toledo, parece que Gundisalvo logró completar varias traducciones, incluidos algunos fragmentos más del *Kitāb al-šifā'* de Avicena, por sí mismo, por lo que debió aprender el árabe a lo largo de los años (Sangrador, 1997).

Gerardo fue un clérigo italiano con un gran número de traducciones a su nombre. Nació hacia el año 1114 en la ciudad lombarda de Cremona. Estudió filosofía en su tierra y, «a causa de su amor por el *Almagesto*», viajó a Toledo, donde sabía que podría encontrar una copia en árabe. Contamos con registros que nos indican su presencia en la ciudad a partir del año 1157, aunque se desconoce el momento exacto de su llegada. Pasó el resto de su vida en Toledo, hasta su fallecimiento en 1187, a la edad de 73 años (Jacquart, 1992).

Su biografía resulta menos problemática que la de sus contemporáneos, gracias a una *Vita*, una *Commemoratio librorum* y un *Eulogium* añadidos a su traducción del *Tegni* de Galeno, pero no así su obra. Los primeros dos apéndices afirman que tradujo un total de 71 libros, con una gran variedad temática: desde las matemáticas a la lógica, pasando por la medicina y la astronomía. El objetivo de esta lista era evitar que la traducción de estos textos pasara a la historia de manera anónima o que se atribuyera a otros traductores, ya que al parecer Gerardo no solía firmar sus proyectos (Rivera, 2018).

Sin embargo, hoy en día esta cifra se discute: hay quienes le adjudican más textos (hasta llegar a las 87 obras, como indica Foz (2000: 59)), mientras que otros sostienen que no podría haber trabajado con tantos textos y que algunos deben de haberle sido erróneamente atribuidos (Sangrador, 1997). Los historiadores recalcan la cuestión del tiempo, pues antes de realizar cualquier traducción, había que llevar a cabo un enorme esfuerzo de recopilación en aras de encontrar copias fiables de cada obra (Moller, 2019: 177), una tarea que podía llevar un largo periodo de tiempo si las copias estaban incompletas o diferían entre sí. Con un trabajo tan laborioso por delante, debemos plantearnos si en realidad pudo llevar a cabo tantas traducciones.

Encontramos nuevas incógnitas en su método de trabajo. Sabemos que contaba con *socii*, discípulos, pero no qué labor realizaban. Lo mismo sucede con las traducciones del árabe: como ya hemos mencionado, la mayor parte de obras requerían de la colaboración de dos autores pero, en el caso de Gerardo, sólo sabemos a ciencia cierta que colaboró con un mozárabe llamado Galib (*Galippus* en latín) para realizar la traducción del *Almagesto*, completada en el año 1175. No sabemos si este colaboró en otros proyectos o si Gerardo recurrió a la ayuda de otro traductor. Parece que, para sus últimos años, Gerardo había llegado a dominar la lengua por sí mismo, pero es incierto si realizó las traducciones él sólo o siguió trabajando en pareja (Jacquart, 1992).

2.3.2. Etapa intermedia

A partir del año 1187, la actividad de traducción se redujo, pero no se detuvo por completo. Pasaron setenta años hasta que el patrocinio de Alfonso X le diera nueva vida a la Escuela de Traductores de Toledo, pero incluso durante esas décadas encontramos algunos traductores de renombre: Marcos de Toledo, Miguel Escoto, Alfredo de Sarashel y Herman el Alemán, especialmente.

Compartían algunas características similares: casi todos eran extranjeros, habían viajado por Europa y se habían visto atraídos a Toledo por la posibilidad de enriquecer sus conocimientos. Es durante esta época, además, cuando el castellano comienza a utilizarse como lengua de llegada en las traducciones, una práctica normalizada más tarde por Alfonso X (Martín, 2019). Durante estos años intermedios, como veremos más adelante, el latín pierde relevancia como lengua meta en favor del castellano. Aunque el latín había sido la lengua meta durante la época raimundiana, el romance castellano había servido como puente entre los originales árabes y los textos finales, lo cual le había permitido desarrollarse de manera que pudiera recibir y expresar convenientemente el caudal de conocimientos vertidos de una lengua mucho más desarrollada y consolidada como era el árabe (Calvo et al., 1995).

Marcos de Toledo

Se trataba de un eclesiástico natural de Toledo, probablemente miembro de una familia mozárabe que se habría mudado a la ciudad tras la Reconquista, es la excepción a la norma de la época, cuando la mayor parte de los traductores de prestigio provenían de otras naciones. Sabemos de él que estuvo activo entre 1193 y 1216 o, incluso, entre 1191 y 1234 (Foz, 2000: 65). Gracias a los documentos que se conservan, podemos establecer su ascenso en la iglesia: es nombrado diácono en 1191, canónigo a partir de 1198 y sacerdote en 1216.

Marcos estaba principalmente interesado en Galeno y partió a otro país, posiblemente Francia o Italia, para estudiar medicina. Durante sus estudios, él mismo cuenta que tanto alumnos como profesores le rogaron que tradujera las obras de Galeno. Al parecer, sabían que hablaba árabe de manera fluida y querían acceder a los conocimientos que se habían conservado en esta lengua y que aún no habían sido traducidos al latín (Vegas, 1998: 51).

Además de los textos médicos por los que habría regresado a su ciudad natal, es conocido por su traducción de libros religiosos del islam al latín; en concreto, del Corán. Llevó a cabo esta tarea en 1210 y 1211: es la segunda traducción al latín de este libro sagrado que se realizó durante la Edad Media. La primera había sido obra de Roberto de Ketton y Hermann el Dálmata, también conocido como Hermann de Corintia, en 1143, con el patrocinio de Pedro el Venerable, de Cluny (Martínez, 2005). El abad había visitado España en 1141 y había encontrado a estos traductores en el norte del país, en la cuenca del Ebro. Había entendido que, para derrotar a los musulmanes del sur del país, era preciso debatir las ideas del islam, por lo que era necesario entender en las bases su religión. Esta primera traducción quedó recogida en la *Collectio Toletana*. Su traducción había sido bastante libre, hasta el punto de incluir comentarios peyorativos; el texto iba dirigido a cristianos que conocían muy poco la cultura árabe.

En cambio, la obra de Marcos era tan literal que en ocasiones resulta difícil de entender, con una sintaxis más propia del árabe que del latín y un estilo menos elegante, en favor de una mayor fidelidad;

los lectores de este texto vivían mayoritariamente en la península ibérica, en contacto o incluso bajo el control de musulmanes, por lo que era necesario que el texto fuera más preciso (Mantas, 2022). En el prólogo de su Corán, expresó sus críticas al islam y declaró su pesadumbre ante el rápido avance que había tenido la religión en la península y la conversión de iglesias en mezquitas en los territorios conquistados. En este prólogo, además, encontramos menciones a sus mecenas, el arzobispo toledano Jiménez de Rada y el archidiácono de Toledo Mauricio, junto con una explicación acerca del porqué de este mecenazgo: buscaban entender los fundamentos de la religión de su enemigo para así poder rebatirlos, al igual que Pedro el Venerable el siglo anterior. Con la misma motivación, tres años después trató otro texto de teología islámica, la *'Aquida* de Ibn Tumart, que acabó en 1213.

Sabemos que, durante sus últimos años de vida activa, Marcos tradujo al menos una obra más, también de carácter religioso, que sin embargo se ha perdido con el tiempo (Vegas, 1998: 52).

Miguel Escoto

Conocido astrólogo y vidente, vivió entre 1175 y 1234. Tras estudiar en alguna universidad extranjera, posiblemente en Durham, Oxford o París, decidió encaminarse a Toledo. Una firma en su traducción de *De Sphaera*, con fecha de 18 de agosto de 1217, nos permite ubicarlo firmemente en esta ciudad. Trabajó también con *Kitab al-hai'a* (*De motibus caelorum* en latín), del mismo autor: un astrónomo contemporáneo de Miguel, llamado al-Bīṭrūjī o Alpetragius. Tradujo varias obras de Aristóteles, junto con el comentario que Averroes había realizado acerca de *De anima*, al que llamó Gran Comentario (Vegas, 1998: 55).

Partió de Toledo en dirección a Italia poco después, en 1220, para ponerse al servicio del papa Honorio III y de su sucesor, Gregorio IX. No volvió a España, pero su influencia en el extranjero le sirvió para distribuir sus traducciones, que pronto alcanzaron las universidades europeas y ganaron una gran popularidad: las ideas de Averroes se estudiarían más adelante en París. A partir de 1227, Miguel se unió a la corte de Federico II en Sicilia (Foz, 2000: 66).

También Foz señala que no hay un consenso en cuanto a los conocimientos de idiomas con que contaba: algunos escritores de su época defienden que hablara árabe, tras haberlo aprendido en España; y posiblemente hebreo también. Por otro lado, hay quienes afirman que desconocía tanto el tema como el idioma, y señalan su colaboración con el judío Abuteus (que posiblemente fuera un judío converso a quien otros traductores se referían como Andrés) para la traducción de los comentarios de Averroes.

Herman el Alemán

Este traductor fue un monje alemán y canónigo que llegó a ocupar el cargo de obispo de Astorga. Realizó cinco traducciones, de temática filosófica, entre las que se incluyen un texto de Aristóteles y varios comentarios de autores posteriores acerca de otras obras del mismo autor. Se le conoce como

Hermannus Germanicus, Teutonicus o Alemannus; pero es sin duda su nombre de pila el que más quebraderos de cabeza ha provocado: ha sido confundido durante la mayor parte de la historia con Herman Contracto, Herman de Schildis y Herman de Carintia, también llamado el Dálmata.

Según explica Pérez González (2019), la equivocación de un historiador del siglo XVI (Santiago Foresta de Bérnago) al atribuir conocimientos de árabe a Herman Contracto, un importante monje alemán del siglo XI, llevó a los investigadores posteriores a asignarle las obras traducidas por Herman el Alemán, desconocido en ese momento. Más tarde, Iacobus Morelli adscribió estos textos a Herman de Schildis, un monje de la Orden de San Agustín que había trabajado con obras de Aristóteles ochenta años después de la muerte de Herman el Alemán. Por último, Herman de Carintia (a quien ya mencionamos en el apartado de Marcos de Toledo, bajo el nombre de «el Dálmata») había sido uno de los traductores del árabe que había trabajado en la primera versión del Corán en latín, un siglo atrás, junto a Roberto de Ketton. El mismo Amable Jourdain, que había diferenciado por primera vez entre Herman el Alemán y Herman Contracto, parece haber confundido al primero con Herman de Corintia, y no fue hasta finales del siglo XIX cuando su identidad se separó y distinguió finalmente de los diferentes «hermanes» anteriormente citados, gracias a Valentin Rose y su estudio sobre la Escuela de traductores de Toledo publicado en 1874.

Conocemos algunos detalles de su vida gracias a sus traducciones¹⁰: firmó cuatro y mencionó una quinta en el prólogo de una de ellas (Salvador, 2015). En ese mismo prólogo (*Retórica* de Aristóteles), además, detalla que no consiguió encontrar a nadie que le pudiera explicar el tema. Fechó sus traducciones en algunos casos, lo que nos permite ubicarlo en Toledo entre 1240 y 1256. Visitó a su amigo (y posiblemente maestro) Roger Bacon en París en algún momento antes de 1247, año en el que este último abandonó la ciudad. Bacon (1214-1292) fue un conocido filósofo y científico; y en sus registros explica cómo los estudiantes de la universidad copiaron y estropearon la traducción de *Summa Alexandrinorum* que había llevado Herman desde Toledo. Bacon, además, nos proporciona más información acerca de su método de trabajo: sabemos que contó con la ayuda de intérpretes de árabe mudéjares y no judíos, como había sido la costumbre hasta entonces.

De nuevo en Toledo y con el apoyo del obispo de Burgos, Herman trabajó en otras tres traducciones, la última fechada en marzo de 1256. Después de esto, no nos quedan registros acerca de su vida hasta diez años después: en 1266, Herman recibió el obispado del municipio de Astorga y en 1272 firmó su testamento, último documento con que contamos para esclarecer su vida. Lo más probable es que falleciera ese mismo año o a principios del siguiente.

¹⁰ Estas son el *Comentario medio* de Averroes a la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles; el *Summa Alexandrinorum*; la *Glosa* de Alfarabi sobre la *Retórica* de Aristóteles (o *Didascalia in Rethoricam Aristotilis ex Glosa Alfarabii*); la *Retórica* de Aristóteles; y el *Comentario medio* de Averroes a la *Poética* de Aristóteles.

Sin embargo, es probable que, durante sus años como obispo, se dedicara a la traducción de una última obra, esta ya no relacionada con la filosofía, sino de carácter religioso: el *Psalterio* o *Salterio*, que tradujo a lengua romance. Es la primera vez en la que un texto del Antiguo Testamento se traducía a una lengua vernácula a partir del hebreo (Sarton, 1927: 833). Por desgracia, no llegó a completar su trabajo.

Alfredo de Sarashel

Se sabe muy poco acerca de este traductor inglés. Aparece mencionado como Walfred, Alvred, Alphitus, Sarawel, Sarchel, Serechel, Alphredus Philosophus y Alfredos Anglicus. Estudió en Inglaterra, Francia e Italia antes de pasar por Toledo (Foz, 2000: 64). Se conocen dos traducciones a su nombre: un tratado de botánica (*De plantis*) y una traducción y adaptación parcial del *Kitab al-Shifa* de Avicena; y sabemos que contaba con la ayuda de un tal Salomón Avenraza, judío, para traducir, al menos, esta segunda obra (Vargas, 1998: 50). Escribió sus propias obras y su *De motu cordis*, tratado de medicina, fue muy apreciado en la época y llegó a utilizarse para la enseñanza en la Universidad de París (Ottle, 1998: 6). Según un catálogo recopilado en 1664, también habría hecho una serie de comentarios a obras de Aristóteles, pero esta lista no está confirmada ya que no se han encontrado los textos.

2.3.3. Época alfonsina

En 1252, fue coronado Alfonso X de Castilla, llamado el Sabio por el interés intelectual que demostró a lo largo de toda su vida: se rodeó de sabios de todo tipo de campos, incluidos poetas, científicos y magos; escribió y mandó escribir, con instrucciones precisas para cada obra, textos legislativos, astronómicos e históricos; y concedió el título de universidad a los centros de estudios de Salamanca y Palencia, convirtiéndolas en las primeras en ostentar esta denominación en Europa (Real Academia de la Historia Hispánica, s.f.).

En lo que respecta a la Escuela de Traductores de Toledo, el rey no solo se convirtió en mecenas, sino que tuvo un rol esencial en la nueva organización: los traductores estaban estrechamente vinculados con el monarca y trabajaban en los encargos que él dictaba (Foz, 2000: 68). El anonimato desapareció y, aunque hay en ocasiones cierta confusión debido al uso de diversos nombres para una misma persona, es posible identificar a los autores de cada obra de manera más fiable que en las etapas anteriores. Las nuevas obras se centraron en astronomía y astrología, según los gustos del rey, con un menor interés en las obras filosóficas o religiosas; y, ante todo, las traducciones pasaron a realizarse de manera casi exclusiva a la lengua vernácula: el castellano, lengua oficial desde el reinado de Fernando III, padre de Alfonso X, pero cuyo uso se extendió especialmente en la época de este último. En ocasiones, de ser necesario, la versión castellana se traducía de nuevo al latín o al francés. Como había ocurrido en Bagdad con el árabe, el castellano se había desarrollado para poder transmitir ideas científicas gracias a

la creación de un vocabulario nuevo que, a pesar de ser excesivamente literal, era no obstante claro y de gran exactitud (García, 2004).

En cuanto al método de trabajo, la pareja de arabista y latinista se eliminó en favor de arabista y romancista; ayudados de un enmendador con el que discutir la traducción; un compilador o ayuntador, que ordenaba los contenidos en capítulos; y un glosador, que ejercía de secretario y en ocasiones escribía nuevos apartados (Foz, 2000: 107).

A pesar de que la información biográfica de los traductores de esta época es escasa, podemos destacar a tres eruditos hebreos que ayudaron de manera significativa al rey con sus conocimientos lingüísticos y científicos.

El primero de ellos fue Judah ben Mose ha-Kohen, que además resulta el más discutido. Esto se debe a que trabajó no solo como traductor, sino también como ayuntador, algo inusitado en esta época; y a la variedad de nombres con los que firmó sus obras: Yehudá fi de Mosé, Yehudá fi de Mosca, Yehudá Mosca el menor o Yehudá ben Mosé ha-Kohén. En cualquier caso, Judah ben Mose ha-Kohen fue médico de Alfonso X antes de la coronación de este, además de rabino; pero nos centraremos ahora en su producción literaria. Su trabajo se ocupó de los campos de la astronomía, la astrología, las matemáticas y la medicina, como fue habitual durante el reinado de Alfonso X; y hablaba, al menos, árabe, castellano, latín y hebreo. No contamos con una fecha exacta que nos indique cuándo comenzó su labor como traductor, pero ya antes de la ascensión al trono de Alfonso X publicó una versión en latín del *Tratado de la alçafeha*, fechada en 1231 y revisada por Guillelmus Anglicus. Para el año 1243 ya había pasado a formar parte de los traductores del por entonces príncipe. Durante los siguientes años, participó en la traducción de varias obras al castellano, con diversos colaboradores: con ayuda de Garci Pérez, clérigo y notario del rey, trabajó en el *Lapidario*, terminado en 1250; en 1254 terminó el *Libro conplido en los iudizios de las estrellas* (no se conoce quiénes fueron sus colaboradores en este caso); participó con Guillén Arremón D'Aspa en la escritura de los *IIII libros de la ochava esphera* (1256) y en dos ocasiones con Juan D'Aspa; primero en el *Libro de las cruces* (1259) y más adelante en el *Libro de la alcora* (1259). Durante la siguiente década, pasó a realizar observaciones astronómicas y fue uno de los colaboradores de las *Tablas Alfonsíes* (Foz, 2000: 77). A partir de 1272, por orden del rey pasó a trabajar como ayuntador, ordenando las traducciones previas como la del *IIII libros de la ochava esphera* (Sangrador, 1997).

Durante estos últimos años trabajó también Abraham Alfaquí, de la familia de los Ibn Waqar. Algunos miembros de su familia ya habían ejercido diferentes funciones en la corte real y él fue, por su parte, médico del rey Alfonso X y más delante de su hijo y heredero, Sancho IV (Foz, 2000: 69). Judío también, Abraham ibn Waqar fue el segundo de los tres sabios hispanohebreos que destacaron en esta época de la Escuela de Traductores de Toledo. Llevó a cabo su actividad de traducción entre los años 1260 y 1277, aunque tan solo completó tres obras: una teológica y dos astronómicas (Sangrador, 1997).

El primer texto, *La escala de Mahoma*, narra la ascensión del Profeta y está fechado en 1263; pero no ha perdurado (ni tampoco la versión original en árabe) al paso de los siglos. Sin embargo, gracias a las traducciones que se realizaron desde el castellano al latín y al francés (que generalmente se atribuyen al coetáneo de Abraham, el italiano Buenaventura de Siena), contamos hoy en día con una versión en esta última lengua, tan solo un año posterior a la castellana. De los textos astronómicos, el *Libro de la constitución del universo* también se ha perdido, pero de igual manera se tradujo posteriormente al latín (Vegas, 1998: 58). Por último, hacia 1277, trabajó con el *Libro de la açafeha*, que ya había sido traducido anteriormente, en 1255 o 1256, por Fernando de Toledo. No obstante se realizó una nueva versión «meior et mas complida mente» a instancias del rey, en la que trabajó junto a Bernardo el Arábigo. No existe ningún documento que explique el porqué de esta reedición de un texto ya existente (Santoyo, 2004). Durante sus casi dos décadas en el campo de la traducción, Abraham también trabajó como ayuntador.

El tercero de los eruditos judíos de renombre en esta etapa fue Ishaq ben Sid, aunque también era conocido como Rabiçag o Rabi Çag Aben Cayut, pues era rabino. La mayor parte de su obra no cuenta con una fecha exacta; solo dos obras (de las cuales fue autor, que no traductor) nos permiten situarlo entre 1263 y 1277. Además de sus textos originales (todos ellos acerca de la construcción y el uso de dispositivos astronómicos y relojes), ayudó a Judah ben Mose en la escritura de las *Tablas Alfonsies*. En lo que respecta a la traducción, también existen diversas opiniones: algunas fuentes le adjudican tres textos¹¹, mientras que otros autores, como Alvar (2001), reivindican que se trata de un error, ya que él no aparece citado como traductor ni se sabe con certeza que conociera la lengua árabe.

De menor importancia, pero todavía destacable en esta etapa, es Fernando de Toledo, que a pesar de haber realizado una sola traducción, esta contiene características dignas de mención. Tradujo el texto *Tratado de la açafeha* hacia 1255 o 1256, a comienzos del reinado de Alfonso X y, a diferencia de lo habitual durante esta época, trabajó por sí solo, sin ayuda de ninguna otra persona, y se encargó de llevar a cabo todas las partes del proyecto. Este método no se repitió en años sucesivos, sino que, como ya se ha explicado, se crearon equipos y cada persona pasó a especializarse en una parte del proceso. Veinte años más tarde, Alfonso X mandó realizar una segunda traducción del libro, algo que no había ocurrido ni volvió a ocurrir con ninguna obra que ya hubiese sido trasladada al castellano. Según indica Foz (2000: 72), es posible que el rey creyese que la versión de Fernando de Toledo no era lo suficientemente literal, ya que la versión posterior, hecha por Abraham Alfaquí y Bernardo el Arábigo, es más próxima al original árabe.

Más adelante, es digno de mención el caso de Álvaro de Oviedo. Este traductor vivió en Toledo a partir de 1270 y, aunque trabajó para el rey como el resto de los traductores contemporáneos, también

¹¹ Estos son los *Cánones* de al-Battani, el *Almanaque* de Azarquiel y el *Libro de lamina universal*, basado en la obra de ‘Alī ben Jalaf. Las dos primeras se trataban de tablas astronómicas, mientras que la última era un tratado relativo a la fabricación de las mismas (Foz, 2000: 74).

lo hizo para Gonzalo García Gudiel, arzobispo de la ciudad entre 1280 y 1298. Esta relación con la Iglesia recuerda más a las etapas raimundiana e intermedia, cuando la actividad intelectual en Toledo dependía del mecenazgo de los diferentes obispos y arzobispos. También reminiscente de esas etapas anteriores es el hecho de que trabajara en latín: tres comentarios a obras en latín de Averroes, con dedicatorias al susodicho diácono; y su única traducción, esta ya por encargo del rey. Se trataba de un tratado de astronomía, el *Libro conplido en los iudizios de las estrellas*, y se basó en una versión anterior en castellano de Ben Mose. No se conoce la fecha en que se realizó la traducción. Álvaro de Oviedo fue, por lo tanto, un caso remarcable: escribía en un idioma que ya no se encontraba en uso, bajo el patronazgo de la Iglesia y con una temática filosófica; pero también trató la astrología bajo la protección de Alfonso X (Foz, 2000: 70).

Aparte de los aquí mencionados, trabajaron en Toledo muchas otras personas que realizaron sin embargo encargos de menor importancia o en menor cantidad; por ello, hemos preferido centrarnos en aquellos con una mayor producción traductológica. Entre aquellos que no se han incluido, podemos nombrar a Garci Pérez, Guillén Arremón D'Aspa, Juan D'Aspa, Buenaventura de Siena, Samuel ha-Levi, Bernardo el Árabigo, Egidio de Tebaldis, Juan de Cremona, Juan de Messina o Xossé Alfaquí.

2.3.4. Final de la Escuela de Traductores de Toledo

Tras el reinado de Alfonso X, Escuela de Traductores de Toledo perdió progresivamente su importancia y su renombre. Esta no tuvo, por lo tanto, un final violento; sino que su abandono se debió a un cambio en los intereses de traductores y mecenas. A partir del siglo XIV, la actividad de traducción de la península se trasladó a otras regiones, mientras que los proyectos que se habían llevado a cabo en Toledo cayeron en el olvido, hasta la publicación de la obra de Amable Jourdain en 1819, *Recherches critiques sur l'âge et l'origine des traductions latines d'Aristote, et sur des commentaires grecs ou arabes employés par les docteurs scholastiques*.

Los motivos de este progresivo declive están ligados a varios aspectos políticos y culturales de finales del siglo XIII y principios del XIV.

En primer lugar, Alfonso X moría en 1284. Su primogénito ya había fallecido para entonces, y la corona de Castilla pasó por lo tanto al más joven; Sancho IV. Como indica la Real Academia de la Historia Hispánica (s.f.), este monarca también promovió la actividad cultural y encargó la traducción de varias obras¹². Además, también se llevó a cabo la compilación de obras en lengua romance y se interesó a su vez por la enseñanza y las universidades: no se puede decir que abandonara el proyecto de su padre. El suyo fue, no obstante, un reinado corto, ya que falleció apenas una década después, en 1295, y fue sucedido por un hijo que no apoyó a la cultura de la misma manera en que lo habían hecho su

¹² Los *Libros del Tesoro*, de Brunetto Latini, y el *Bonium* (o *Bocados de oro*).

padre y su abuelo. A partir de Fernando IV, heredero de Sancho IV de Castilla, se perdió el mecenazgo real del que habían disfrutado los traductores hasta entonces.

Ya entrados en el siglo XIV, además, se produjo un cambio en los intereses de aquellos nobles y clérigos que siguieron patrocinando traducciones: la Reconquista había avanzado a buen paso hasta que solo quedó un último reino de taifa en toda la península; el Reino nazarí de Granada. La atención que se había prestado hasta entonces a la cultura, la ciencia y la literatura árabes se trasladó a las obras europeas. Para ello, se retomó la traducción del y al latín, lengua de cultura común en todo el continente; pero también se tradujo desde el francés y el italiano, el provenzal, el catalán y el portugués (Santoyo, s.f.). Recordemos que, en un principio, los traductores se habían visto atraídos a la ciudad de Toledo debido a la presencia de documentos en lengua árabe de interés. Acabada la etapa de inclinación por los conocimientos recogidos en árabe, Toledo perdió su principal atractivo.

La traducción, por lo tanto, no se dejó completamente de lado tras la desaparición de la Escuela de Traductores de Toledo, sino que encontró nuevos temas y lenguas con los que trabajar y la actividad se desplazó a otros lugares de la península.

Conclusiones

Mediante este trabajo, hemos analizado el contexto y el desarrollo de la Escuela de Traductores de Toledo, sus antecedentes y su final disolución; a través de una estructura dirigida a destacar los nombres más importantes entre sus traductores y las obras con las que trabajaron. Esto nos ha permitido llegar a las siguientes conclusiones:

En primer lugar, que la ciudad de Toledo contaba con una situación única que le permitió convertirse en el lugar idóneo para albergar un centro de traducción y un movimiento de intercambio cultural como fue la Escuela de Traductores de Toledo, debido a su singular historia y características. Estas incluían: la existencia de bibliotecas con manuscritos de orígenes lejanos y dispares en una lengua común como era el árabe; que se pudieron traducir gracias a la ayuda de una población araboparlante dispuesta a trabajar con colaboradores conocedores de un idioma que ya no se utilizaba fuera de la Iglesia como era el latín; con el uso de una tercera lengua como puente entre ambos traductores y que gracias a este proceso llegó a enriquecerse lo suficiente como para finalmente reemplazar al latín como lengua meta; y con el apoyo y protección de mecenas tanto eclesiásticos como seculares.

Además, hemos visto que la traducción de los diversos textos que se encontraban en Toledo permitió la llegada o reintroducción en Europa de ideas, teorías y conocimientos a los que de otra manera no se habría tenido acceso: desde manuscritos filosóficos y científicos de Aristóteles hasta tratados de carácter religioso como la *'Aqida* de Ibn Tumart. No solo eso, sino que los europeos del momento eran conscientes de ello y acudían desde sus países natales, tal y como hicieron Alfredo de Sarashel, originario de Inglaterra, Gerardo de Cremona, italiano, o Hermann el Alemán, a esta ciudad

expresamente para encontrar los documentos que les interesaban para sus diferentes campos. Esta evolución de diversas áreas del conocimiento, junto a un mayor acceso a documentos de la Antigüedad clásica, influyó en que tuviera lugar, más adelante, al movimiento cultural del Renacimiento.

Finalmente, hemos podido observar que hay una gran cantidad de incógnitas todavía en lo que respecta a los traductores de este periodo. Estas incluyen la identidad de ciertos personajes, sus conocimientos en cuanto a temática o lenguajes o incluso, en varios casos, el número exacto de traducciones y obras propias que escribieron. Es posible que nunca se llegue a responder a todas estas preguntas a ciencia cierta, dado que los documentos y registros necesarios para ello se han perdido con el paso de los siglos, si es que existieron. Sin embargo, las dudas sobre la autoría de ciertos textos se han aclarado mediante el análisis de la terminología empleada, de las fechas en que se escribieron o de los colaboradores habituales con quienes solían trabajar los diferentes traductores. De este modo, investigaciones más detalladas sobre la Escuela de Traductores de Toledo y sus diversos participantes pueden dar sus frutos y esclarecer algunos de los debates y de las incógnitas existentes hoy en día. Este es un tema muy amplio y es posible que futuros estudios proporcionen nuevos datos al respecto.

En un aspecto más personal, este trabajo me ha permitido acercarme a los orígenes de la traducción y apreciar el grandísimo esfuerzo que suponía este proceso en el pasado, sin las ayudas y los medios con que contamos hoy en día. La labor de todas las personas, tanto aquellas que aparecen nombradas en este TFG como muchas otras que no se han llegado a mencionar, que lucharon por conseguir la supervivencia y la transmisión de conocimientos a otras lenguas y culturas muy distintas de las originales, durante tantísimos siglos, en zonas tan distantes en el mapa, es una fuente de inspiración para los traductores actuales, entre los que me incluyo. Ha sido un placer poder dedicarle estos meses a un tema tan fascinante y que tanto ha influido en la historia y desarrollo de nuestra profesión.

Bibliografía

- Abellán Pérez, J. (2002). La pérdida de Hispania y la formación de Al-Ándalus. En Álvarez Palenzuela, V. A. (Ed.), *Historia de España de la Edad Media* (pp. 59-78). Editorial Ariel.
- Alvar Ezquerro, C. (2001). Textos científicos traducidos al castellano durante la Edad Media. En Henrard, N. et al. (Ed.), *Convergences médiévales. Épopée, lyrique, roman. Mélanges offerts à Madeleine Tyssens*. (pp. 25-47). Boeck Université.
- Aráoz Vallejo, B. (2015). *Intentio materiata en el Liber de anima del Avicenna Latinus* [Tesis de grado, Universidad Católica de Salta]. UCASAL - Sistema de Bibliotecas de la Universidad Católica de Salta. https://bibliotecas.ucasal.edu.ar/opac_css/index.php?lvl=cmspage&pageid=24&id_notice=64016
- Barona Vilar, J. L. (2020). Gundeshapur, centro de la cultura científica medieval. *Mètode: Revista de difusió de la investigació*, 3 (106), 99. <https://metode.es/revista/bueno-comer>
- Biblioteca Virtual Ignacio Larramendi de Polígrafos. (s.f.). *Johannes Hispalensis, siglo XII*. https://www.larramendi.es/traductores_toledo/es/consulta_aut/registro.cmd?id=3066
- Brasa Díez, M. (1996). Métodos y cuestiones filosóficas en la Escuela de Traductores de Toledo. *Revista Española de Filosofía Medieval*, 3, 35-49.
- Burnett, C. (1995). 'Magister Iohannes Hispalensis et Limiensis' and Qusta ibn Luqa's De differentia spiritus et animae. A Portuguese Contribution to the Arts Curriculum? *Textos e estudos*, 7-8, 221-267.
- Burnett, C. (junio de 2001). The Coherence of the Arabic–Latin Translation Program in Toledo in the Twelfth Century. *Science in Context*, 14 (1-2), 249-288. <https://doi.org/10.1017/S0269889701000096>
- Calvo Basarán, J., Del Cerro, M. et al. (octubre de 1995). La Escuela de Traductores de Toledo. *puntoycoma*, 36, 1-11. <https://op.europa.eu/webpub/dgt/puntoycoma/es/>
- Caminos de Sefarad. Red de Juderías de España. (2021). *Rutas por las juderías de España. Toledo*. <https://redjuderias.org/wp-content/uploads/2021/07/Toledo-web.pdf>
- Carrasco Serrano, G. (2003). La presencia romana en Castilla-La Mancha: la anexión del territorio. *AL-BASIT: Revista de Estudios Albacetenses*, 47 (41-57).
- Cellurale, M. (junio-noviembre 2023). Migraciones, religiones y derecho: la tradición de la Iglesia siria oriental «nestoriana» (siglos V-XXI). *Revista de la Facultad de Derecho*, 90. 215-315. <https://doi.org/10.18800/derechopucp.202301.008>
- Chico Rico, F. (mayo 2002). La teoría de la traducción en la teoría retórica. *Logo. Revista de Retórica y Teoría de la Comunicación*, 2 (3), 25-40. <https://rua.ua.es/dspace/handle/10045/8828>
- Domingo Baguer, I. (2013). *Para qué han servido los libros*. Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Doñas, A. (s.f.). Boecio, Anicio Manlio Severino. PHTE - Portal de Historia de la Traducción en España. Recuperado de: <https://phte.upf.edu/dhte/latin/boecio-anicio-manlio-severino/>
- Drijvers, J. W. (1995). The School of Edessa: Greek Learning and Local Culture. En Drijvers, J. W. y MacDonald, A. A. (Ed.), *Centres of Learning: Learning and Location and Pre-Modern Europe and the Near East*. (Vol. 61, pp. 49-59). Brill.

- Fernández Marcos, N. (2000). Oriente y occidente en la Biblia de Alejandría. *Estudios Eclesiásticos*, 75 (292), 3-21. <http://hdl.handle.net/10261/361246>
- Fernández Marcos, N. (julio-diciembre de 2007). Las traducciones en la antigüedad. *Sefarad*, 67 (2), 263-282. <https://sefarad.revistas.csic.es/index.php/sefarad/article/view/445>
- Foz, C. (2000). *El traductor, la Iglesia y el rey. La traducción en España en los siglos XII y XIII*. Gedisa Editorial.
- García Bravo, P. (2004). Las traducciones en la transmisión del legado clásico al mundo occidental. *Hieronymus complutensis: el mundo de la traducción*, 11, 25-42. https://cvc.cervantes.es/lengua/hieronymus/numero_11.htm
- García Moreno, L. A. (1993). La legislación antijudía del reino visigodo de Toledo. Un ensayo sociopolítico. *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos. Sección de Hebreo*, 42, 37-49. <https://doi.org/10.30827/meahhebreo.v42i0.413>
- García-Guijarro Ramos, L. B. (2002). Las invasiones bárbaras en Hispania y la creación del reino Visigodo. En Álvarez Palenzuela, V. A. (Ed.), *Historia de España de la Edad Media* (pp. 3-30). Editorial Ariel.
- Gargatagli, M. (1999). La historia de la escuela de traductores de Toledo. *Quaderns. Revista de traducció*, 4, 9-13.
- Guerrero Peral, A. L. y de Frutos González, V. (2013). Constantino el Africano: el regreso de la neurología a la Europa Medieval. *Neurosciences and History*, 1 (2), 80-87. <https://nah.sen.es/es/numeros/numeros-anteriores-v2>
- Hunter, E. C. D. (2002). The Transmission of Greek Philosophy via the 'School of Edessa'. En Holmes, C. y Waring, J. (Ed.). *Literacy, Education and Manuscript Transmission in Byzantium and Beyond*. (Vol. 42, pp. 225-241). Brill.
- Izquierdo Benito, R. (1983). *Toledo y las tres religiones durante la Edad Media*. Actas del I Congreso Internacional 'Encuentro de las Tres Culturas', Toledo, España. <https://www.bibliothecasefarad.com/listado-de-libros/actas-del-i-congreso-internacional-encuentro-de-las-tres-culturas/>
- Izquierdo Benito, R. (2014). Discurso de apertura del curso 2012-2013. Las iglesias de Toledo en la Edad Media. Evidencias arqueológicas. *Toletum: boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, 59, 9-51. <https://dialnet.unirioja.es/revista/7802/A/2014>
- Jacquart, D. (1992). La Escuela de Traductores. En Cardaillac, L. (Ed.), *Toledo siglos XII-XIII. Musulmanes, cristianos y judíos: la sabiduría y la tolerancia* (pp. 183-198). Alianza Editorial.
- Jourdain, A. (1819). *Recherches Critiques sur l'Age et l'Origine des Traductions Latines d'Aristote, Et sur des Commentaires Grecs ou Arabes Employés par les Docteurs Scholastiques*. Joubert, Libraire-Éditeur.
- Kamal Zaghloul, A. y Nasr, A. M. M. (2020). El movimiento de traducción en la Casa de Sabiduría de Bagdad y la Escuela de Traductores de Toledo. *Entreculturas Revista de traducción y comunicación intercultural*, 1 (10), 57-68. <https://doi.org/10.24310/Entreculturaserci.v1i10>
- Mantas España, P. (2022). El conocimiento del "otro". Tras la huella de Marcos de Toledo. *Mediaevalia. Textos e estudos*, 41, 167-179. <https://doi.org/10.21747/21836884/med41a10pm>
- Márquez Villanueva, F. (1995). *El concepto cultural alfonsí*. Ediciones Bellaterra.

- Martín Aizpuru, L. (2019). *La «norma lingüística» de la cancellería real castellana (1230-1312) Fernando III, Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV* [Tesis de doctorado, Universidad de Salamanca]. Repositorio documental GREDOS. <http://hdl.handle.net/10366/140844>
- Martínez Gázquez, J. (diciembre de 2005). Las traducciones latinas del Corán, arma antislámica en la cristiandad medieval. *Cuadernos del CEMyR*, 13, 11-27. <https://ddd.uab.cat/record/132767>
- Menéndez Pidal, R. (1956). *España, eslabón entre la cristiandad y el islam*. Espasa-Calpe.
- Moller, V. (2019). *La ruta del conocimiento*. Taurus.
- Otte, J. (1988). *Alfred of Sarashel's Commentary on the Metheora of Aristotle. Critical edition, introduction and notes*. Brill.
- Pérez González, M. (1992). Herman el Alemán, traductor de la Escuela de Toledo. Estado de la cuestión. *Minerva: Revista de filología clásica*, 6, 269-284. <https://dialnet.unirioja.es/revista/945/A/1992>
- Polloni, N. (2015). *Ontologie divergenti: uno studio sul sincretismo metafisico di Gundisalvi* [Tesis de doctorado, Universidad de Barcelona]. Dipòsit digital de documents de la UAB. <https://ddd.uab.cat/record/148798>
- Pomer Monferrer, L., Kioridis, I., Starczewska, K. (2023). Las lenguas clásicas y la traducción: los textos sagrados. *MonTI. Monografías de traducción e interpretación*, 15, 7-43. <http://dx.doi.org/10.6035/MonTI.2023.15.01>
- Ramón García, N. (diciembre de 1998). Los orígenes de la traducción científica: La Casa de la Sabiduría. En Cruz García, L. González Ruiz, V. M., Pérez Ramírez, E. (Ed.), *Actas de las IIª Jornadas de Jóvenes Traductores*, (pp. 169-178). Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- Ramos Fernández, U. (2021). *Las traducciones árabes peninsulares en el Renacimiento del siglo XII* [Tesis de máster, Universidad de Cádiz]. Repositorio Institucional RODIN. <http://hdl.handle.net/10498/25012>
- Real Academia de la Historia Hispánica. (s. f.). *Abraham Ibn Daud Halevi*. <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/22598-abraham-ibn-daud-halevi>
- Real Academia de la Historia Hispánica. (s. f.). *Alfonso X. El Sabio*. <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/1019-alfonso-x>
- Real Academia de la Historia Hispánica. (s. f.). *Sancho IV. El Bravo*. <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/41322-sancho-iv>
- Rivera Luque, J. L. A. (2018). *De Arabico in Latinum: Traductores y traducciones en la Hispania del siglo XII* [Tesis de máster, El Colegio de México]. Repositorio COLMEX. <https://hdl.handle.net/20.500.11986/COLMEX/10004510>
- Rivera Recio, J. F. (1973). *Los arzobispos de Toledo. Desde sus orígenes hasta fines del siglo XI*. Diputación Provincial de Toledo.
- Salvador Martínez, H. (segundo semestre de 2015). Hermann El Alemán Traductor De Aristóteles Y Obispo De Astorga (1266-1272). *Argutorio: revista de la Asociación Cultural "Monte Irago"*, 34, 10-26. <https://dialnet.unirioja.es/revista/10990/V/18?anualidad=2015>
- Sangrador Gil, J. (1997). *Pensamiento y circulación de las ideas en el mediterráneo: el papel de la traducción*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Toledo.
- Santoyo Mediavilla, J. C. (2004). La Edad Media. En Lagarfa, F. y Pefenaute, L. (Ed.), *Historia de la traducción en España* (pp. 23-174). Editorial Ambos Mundos.

- Santoyo Mediavilla, J. C. (s.f.). *Panorama de la traducción en el siglo XIV*. Historia de la Traducción en España. <https://phite.upf.edu/hite/edad-media/santoyo-4/>
- Sarton, G. (1927). *Introduction to the history of science*, Vol. 2. The Williams & Wilkins Company.
- Vargas Sierra, C. (2004). La traducción técnica y científica en la casa de la sabiduría y su traductor principal: Hunayn ibn Ishaq. En Alsina Keith, V. (Ed.), *Traducción y estandarización: La incidencia de la traducción en la historia de los lenguajes especializados*, (pp. 63-78). Iberoamericana.
- Vegas González, S. (1998). *La Escuela de Traductores de Toledo en la historia del pensamiento*. Toledo: Concejalía de Cultura.
- Vélez León, P. (22 de diciembre de 2017). Sobre la noción, significado e importancia de la Escuela de Toledo. *Disputatio. Philosophical Research Bulletin*, 6, (7), 537–579.
- Vidal Guzmán, G. (2008). *Retratos del Medioevo*. Ediciones Rialp.